

Lya Fernández de Mantilla, pionera de la ciencia política santandereana



Lya Fernández de Mantilla falleció el pasado mes de septiembre de 2025 y a partir de ese momento es que la ciencia política de Bucaramanga se quedó huérfana por quien, sin duda alguna, hizo los mayores esfuerzos por edificar y posicionar esta disciplina en la ciudad de Bucaramanga y, en el conjunto de la región de Santander. Siempre abogó por la necesidad de desligar la ciencia política del derecho y, sin renunciar a sus vasos concomitantes, conferirle ese espacio autónomo que, en muchas universidades de la ciudad, y por supuesto del país, tardaría años en materializarse. Seguramente, mucho de la energía y el sentido comprometido y visionario de Lya Fernández motivaría el respaldo del entonces rector de la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB), el liberal Alfonso Gómez Gómez.

De hecho, la piedra fundacional de Lya Fernández en la UNAB fue la creación del Instituto de Estudios Políticos (IEP), en el año 1988, del que fue su directora hasta el año 2015. Por él han pasado, muy especial, importantes mujeres académicas -pues la perspectiva de género y la

necesidad de fortalecer el papel protagónico de la mujer en la universidad siempre fue una constante reivindicación de Lya- que han dejado, y siguen dejando, una innegable contribución a la ciencia política colombiana. Tal es el caso, entre otras, de Doris Lamus, María Eugenia Bonilla, Esther Parra, Jakeline Vargas o Esperanza Hernández.

Su formación bogotana, primero estudiando el pregrado en Derecho, en la Universidad Externado de Colombia, y después, en la Pontificia Universidad Javeriana, en donde cursó la maestría en Estudios Políticos, dejaron en ella una doble convicción; primero, que derecho y ciencia política son campos disciplinares diferentes, aunque retroalimentados, especialmente en áreas de las políticas públicas y del comportamiento político que tanto interesaban intelectualmente a Lya Fernández-. Segundo, de la necesidad de entender la relación entre política y ciencia política en clave regional, singular y adaptada a las disímiles realidades que ofrece Colombia, y de lo que la propia plural idiosincrasia del departamento de Santander en un buen ejemplo. Lo anterior, sin desatender igualmente la perspectiva comparada y la continua búsqueda de las experiencias comparadas y las buenas prácticas procedentes de América Latina. Seguro, algo tendría que ver el que Lya Fernández también cursara la maestría en Ciencia Política de Iberoamérica de la Universidad Internacional de Andalucía.

Fue siempre una mujer de gran bagaje intelectual, luchadora -o guerrera, como ella se autodenominaba- y fuente de inspiración. Siempre generosa, instó a quienes pasaban por el IEP a que crecieran intelectualmente y cursasen su doctorado. Un hecho que, indistintamente, trataba de proyectar sobre el universo de personas que se enriquecían de su figura; desde investigadores y docentes, hasta auxiliares y asistentes. Dentro de los muchos hitos impulsados por Lya Fernández en su tiempo como directora del IEP, hasta 2015, cabe destacar la creación de la revista *Reflexión Política*, allá por el año 1999. Posiblemente, en la actualidad, una de las diez mejores revistas de ciencia política del país, entre cuyos nombres y colaboradores han figurado importantes académicos de Colombia como Pedro Valenzuela, Alejo Vargas, Mauricio Jaramillo, Jaime Zuluaga, Fabio Sánchez, César Niño o Nicolás Liendo. De hecho, de la maduración de la revista da buena cuenta que, recientemente, una académica latinoamericanista del más alto nivel, como es Flavia Freidenberg, haya editado un monográfico en 2025 sobre reformas electorales en América Latina. A su vez, y tratando entender la necesidad de imbricar el conocimiento politológico con la mejora de la cotidianidad ciudadana y del hacer político, es que desde el Instituto diseñó e impulsó colectivamente dos programas de maestría, la Maestría en Ciencia Política y la Maestría en Políticas Públicas y Desarrollo. Por ellas han pasado profesores de la talla de los salamantinos Manuel Alcántara, Iván Llamazares o Mercedes García Montero o nombres colombianos del renombre del citado Pedro Valenzuela -padre de los estudios de paz en Colombia- o David Roll.

Por último, en lo que a mí respecta, solo me queda gratitud y reconocimiento a Lya. Mi tesis doctoral sobre la violencia en Colombia, entre los pocos nombres que conforman la dedicatoria, uno de ellos, sin atisbo de duda, es el de Lya Fernández. Fue de las primeras personas que confió en mí para dar clases en Colombia y siempre lo hizo desde la exigencia, el cariño y el mayor de los respetos. De hecho, mi especial compromiso por el Instituto de Estudios Políticos y la Universidad Autónoma de Bucaramanga comienza con Lya Fernández. De hecho, tal vez sea la razón por la que, casi quince años después, sigo vinculado con la institución en la docencia y en la investigación que el Instituto desarrolla en sus niveles de maestría.

Sea como fuere, todo ello queda en muy buenas manos. En las de María Eugenia Bonilla, en las de Johanna Marcela Reyes o en las de Miguel Pardo Uribe. Todos son activos valiosísimos y continuadores de una mujer, Lya Fernández, que fue pionera de la ciencia política en Santander y, lo más importante, una muy buena persona a la que seguir recordando y agradeciendo con el cariño que su legado, su compromiso y su persona merecen. No es fácil ni habitual que en un mundo tan cainita como el académico, solo quepan buenas palabras para alguien de la talla de Lya Fernández.

Jerónimo Ríos Sierra
Universidad Complutense de Madrid